

Encuentro de la ciencia y la cultura en la construcción de la verdad para la superación del conflicto

*Conversación entre Lucía González Duque, Román Eduardo Castañeda Sepúlveda y Fernando Cortés Vela**



Resumen

Establecer cuál es la verdad del conflicto armado que ha sacudido a Colombia es una condición fundamental para lograr romper los ciclos de violencia y alcanzar la paz como un derecho de todos. Para ello, la Comisión de la Verdad llegó a los rincones más apartados, buscando desentrañar lo que nos ha pasado como país mediante la escucha de miles de testimonios y la revisión de cientos de informes, procesando y contrastando todo con rigor y sistematicidad. Un recorrido por el país invisible, en clave de complejidad, para entender la manera como se entrelazan las condiciones sociales, culturales, económicas, territoriales y políticas de las que ha surgido la violencia, pero también dónde se encuentran las claves de la construcción de la paz. Se transcribe el contenido de la sesión de la Cátedra Saberes con Sabor, realizada el 3 de diciembre de 2020, adaptada en estilo para la comodidad del lector.

Palabras clave

Cultura, perdón, posverdad, saberes, símbolos, tecnología, víctimas

*Sesión de la Cátedra UN Saberes con Sabor. Fernando Cortés Vela es el moderador y Román Eduardo Castañeda Sepúlveda el coordinador.

Fernando Cortés

Buenas tardes para todos los que nos acompañan. Bienvenidos a la Cátedra Saberes con Sabor, una iniciativa de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín y de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales para acercar el conocimiento científico a la ciudadanía y a la agenda de problemas de nuestra sociedad. El tema que vamos a tratar hoy es el encuentro de la ciencia y la cultura para la construcción de la verdad y la superación del conflicto. Para ello, tenemos como invitada a Lucía González Duque, miembro de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad que se creó con el Acuerdo de Paz. Lucía es arquitecta de la Universidad Pontificia Bolivariana, ha ocupado cargos públicos como la Dirección de Planeación de la Gobernación de Antioquia y ha sido una importante gestora cultural como directora del Museo de Antioquia y del Museo Casa de la Memoria de Medellín. Buenas tardes, Lucía, ¿cómo estás?

Lucía González

Buenas tardes, Fernando. Muy contenta de encontrarme aquí, en este espacio. Gracias por la invitación a ti, a Román, a la Universidad, a Saberes con Sabor; gracias por estas jornadas anteriores y por esta invitación a la Comisión de la Verdad.

Fernando Cortés

Bienvenida Lucía, profe Román, ¿cómo vamos?

Román Castañeda

Vamos muy bien Fernando, cerrando esta temporada de Saberes con Sabor, tan importante, tan productiva, enriquecida también con otra serie de productos que pueden consultarse en la página UNvirtual, en el sitio Saberes con Sabor.

Fernando Cortés

Muy bien. Entremos en materia. Lucía, hoy vamos a enfocarnos en el asunto de la construcción de la verdad y del reto que significa en el entorno de la sociedad

colombiana llegar a la verdad y sentar las bases de una reconciliación y una paz perdurables. Partamos entonces comentando cuál es la importancia de la verdad y por qué la verdad es un bien público, un bien de toda la sociedad.

Lucía González

Muy bien, muchas gracias. Lo primero que debo decir es que la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición entiende esta tarea que le ha sido encomendada como una tarea histórica y absolutamente necesaria para el país, no solo en clave de reconocer las confrontaciones armadas, sino, y fundamentalmente, esclareciendo los contextos explicativos que han hecho posible el conflicto armado y su perpetuación. Esta es la guerra de guerrillas más larga que hay en la historia del mundo, y está claro para todos que no hemos sido capaces de pararla. Que nos hemos remitido solamente a identificar a quienes han cargado las armas, a quienes se han decretado por fuera de la ley. Pero para la Comisión de la Verdad develar la verdad, es decir, quitarle los velos que la han encubierto por años, o las ignorancias, o los temores, es la tarea fundamental para poder identificar precisamente y más allá de los actores armados los factores que hacen que el conflicto armado se haya perpetuado en Colombia, que se haya desarrollado de una manera tan cruenta dejando tantas víctimas, y también que nos haya dado tanto trabajo que un conjunto más amplio de la sociedad sienta como propio ese dolor infligido a más de nueve millones de víctimas. Creo que descubriremos con los años que esa es una cifra mucho mayor.

Entonces, voy a tu pregunta Fernando, pues si cada uno se cuestiona, personal e íntimamente, por qué es importante la verdad, lo tendría claro. Nadie quiere vivir en la mentira. Nadie quiere vivir en el engaño. En la vida cotidiana eso es lo más elemental. La única manera de construir una relación es que fluya en la confianza, que prospere sobre la base de la confianza, y la confianza se sostiene en el reconocimiento de la

verdad; en saber que el otro está diciendo la verdad y en el reconocimiento cierto de los asuntos que nos marcan la existencia. Pongo un ejemplo, y como aquí las cosas son con sabor, digo que a nadie le gusta sospechar que le están poniendo los “cachos”. Es mejor saberlo, por más dura que sea la verdad. Un ejemplo tan sencillo como ese nos aclara que la única manera en la que uno puede resolver una relación es dejar de sospechar y tener la certeza. También el país necesita saber con exactitud qué es lo que nos ha pasado. No lo que les ha pasado a otros, sino qué es lo que nos ha pasado como sociedad que no hemos sido capaces de parar este conflicto armado, que no somos capaces de resolver de manera distinta los conflictos, que, por el contrario, cada vez construimos más enemigos. ¿Qué está inscrito en la cultura, en el contexto sociopolítico y económico que hace que esa guerra esté ahí, anclada, llevando a tantos hombres y mujeres a armarse y a resolver por las armas los conflictos que podrían solucionarse de manera civilizada?

En ese sentido, lo que nosotros nos proponemos es apenas un propósito: convertir la verdad en un bien público esencial; es decir, en un asunto que interese a todos de igual manera y a pesar de la diferencia. Les debería interesar a los ricos y a los pobres, a los dirigentes y a los trabajadores, a los hombres y las mujeres de derecha e izquierda. Que sea la verdad la que prime en el país y que podamos encarar de manera cierta lo que nos ha traído hasta aquí. Reconocer tanto los asuntos positivos que nos han permitido construir esta cultura que hoy somos y tener el país que hoy tenemos, así como esos asuntos que hemos heredado, que hacen parte de una herencia atávica que seguimos cargando, que no transformamos de la mejor manera. Herencias, por ejemplo, como el racismo y el patriarcado, que se convierten también en factores que se exacerban en la guerra. Y disputas que vienen de tiempos atrás por la tierra, por ejemplo, y por el poder: el político, el económico. Pero si el país no las nombra, si el país no hace un examen de conciencia, de contrición de corazón, de propósito de enmienda, de acción de boca y de intención de obra, creo que se

llama, que quiere decir la reparación, es muy difícil que nosotros logremos superar el conflicto, el conflicto armado, porque el conflicto es inherente a la sociedad, eso ya se ha dicho muchas veces. Es por esto por lo que la memoria se ha instalado como un asunto importante para el país.

A mí me tocó cuando nació esta escuela de la memoria, esta necesidad de mantener la memoria, que la gente decía: “para qué, deje así, no caliente el parche, no enredemos más la vida y vamos para adelante”. El país ha alcanzado un nivel de conciencia importante sobre el valor de la memoria. Ahora nos interesa instalar la verdad como un bien público, y la verdad es un paso más adelante de la memoria, porque la memoria es un asunto subjetivo. Nadie puede negar la memoria que tiene otro, nadie puede decir que eso que usted siente, eso que usted está narrando como memoria es mentira, porque la memoria es cómo sentimos lo que pasó: algo que nos atravesó el cuerpo, que atravesó la existencia y atravesó el territorio. Hay memorias colectivas y memorias individuales, pero la verdad busca ir a hechos fácticos que demuestren asuntos complejos que la sociedad debe encarar para poder resolver. Y por eso, la verdad tiene que ver con todos. Es decir, no es un asunto solo del Estado, no es un asunto de los grupos armados exclusivamente. Es un asunto de la sociedad, que resuelve la sociedad para ser mejor, una mejor humanidad, tanto ética y política, como económicamente. Aquí tenemos muchas cosas que remediar. Nos ha faltado valor para encararlas, pero tenemos una oportunidad histórica que nos la da las instancias creadas por el Acuerdo de La Habana, unas instancias que, como decía ahora, no son única y exclusivamente para juzgar. No son solo para juzgar a los grupos armados. La Comisión de la Verdad está hecha como una instancia cuyo interés es ético y político, porque su tarea es comprender para encontrar una salida hacia la convivencia y, sobre todo, hacia la no repetición.

Román Castañeda

Quizás el mayor peligro es el de las noticias falsas, que estamos tratando en esta temporada, el de la mentira. Como lo estás señalando, no es tanto porque oculte lo que llamamos verdad, sino porque impide la solución de los problemas. Es decir, conocer la verdad es una condición previa para poder resolver los problemas, y, por eso, es fundamental que la verdad sea considerada un bien público. Ese me parece un mensaje muy importante. Ahora, una inquietud que me produce lo que estás diciendo es: ¿y cuál verdad? Porque la verdad histórica no es igual a la verdad científica. Diferentes sectores sociales pueden tener visiones distintas del mundo y proclamar una verdad. ¿Cómo hace la Comisión de la Verdad para moverse en esas mareas tan complejas de la diversidad de versiones, de la diversidad de intereses, para poder ubicar la verdad?

Lucía González

Uno podría decir que la Comisión de la Verdad está desarrollándose en el peor de los momentos, en el momento de la posverdad. Ya sabemos que la posverdad se trata solo de instalar una verdad. Es decir, de instalar un relato y ese solo hecho convierte en realidad lo que nombra. No se necesita nada más, y no es un fenómeno nacional: es un fenómeno global. Pero en este país lo hemos visto de manera muy clara: la verdad la construye el lenguaje. Y estar en ese contexto es un reto doble para la Comisión de la Verdad, más allá de la complejidad de este conflicto armado. No todos los conflictos armados del mundo han sido tan enredados. Este tiene demasiados factores y el tiempo que ha transcurrido lo ha complicado más.

Tenemos pues ese reto y la pregunta de cuál verdad. Eso es tal vez lo más difícil de todo. La humanidad lleva años preguntándose por la verdad, si la Verdad con “v” mayúscula existe. Y nosotros lo que decimos es que estamos haciendo un ejercicio de comprensión: escuchando muchos relatos, juntando muchas historias, todas, de todos los lados, de manera que en la contrastación podamos aseverar que hay prácticas, que hay costumbres, que hay modos, que hay

expresiones que se han convertido en los factores determinantes del conflicto armado. Entonces, por un lado, no tenemos que juzgar, y, por otro lado, no vamos a señalar personas individuales. Nos interesa comprender los fenómenos a partir de una escucha amplia y de una contrastación lo más científica posible. Es decir, el mayor número de contrastaciones que nos permita determinar cómo un asunto o un conjunto de asuntos confluyen y se convierten en factores de existencia y persistencia del conflicto armado. De esa verdad estamos hablando.

Eso exige el más grande nivel de objetividad posible. Todos sabemos que la objetividad es una utopía. Pero entonces, al menos un altísimo nivel de honestidad. Es decir, que seamos capaces de despojarnos de los filtros que tenemos cada uno de nosotros, que somos poseedores de una cultura, de unas ideologías y de un pensamiento.

En ese acumulado de relatos tenemos hoy más de veinticinco mil testificantes que hemos escuchado de todo el país, y más de doscientos informes: el acumulado de memorias de este país, el país campeón de las memorias. Ninguna Comisión de la Verdad había tenido tantos ejercicios de memoria, más los informes de la Fiscalía, más los informes de la Fuerza Pública, de la Procuraduría, es decir, información que alimenta a un sistema de información. Estamos en la era del *big data*, que solo la han tenido pocas comisiones de la verdad; en realidad, la nuestra es la primera que se enfrenta al reto de hacer de la información, de los sistemas de información, un instrumento para la contrastación; en ese sentido, garantizar que lo que estamos diciendo se ancla en hechos fácticos que pueden ser demostrables.

Fernando Cortés

Hay un aspecto que me parece muy interesante en esto que mencionas, Lucía; es esa contrastación, ese encuentro entre actores que desde distintos puntos de vista han estado vinculados al conflicto. Y quisiera preguntarte ¿qué ocurre en esos actores cuando están

en este proceso?, ¿qué ocurre con esas víctimas, con esos victimarios, con esos funcionarios de distintas instituciones cuando acceden a esa experiencia de encuentro, a la experiencia de ese ágora que se está constituyendo en la Comisión de la Verdad?, ¿qué ocurre en la profundidad de esos espíritus y de esas personas?

Lucía González

Esta mañana estaba pensando qué tan bueno sería que un conjunto mucho más amplio de la sociedad tuviera la posibilidad que tenemos nosotros hoy de escuchar distintas y tantas voces. Lo primero que uno concluye es que no juzgaría. Comprendería. Que es completamente distinto a lo que estamos enseñados: a juzgar, a sentenciar. Por eso la justicia transicional se basa en una noción de justicia restaurativa. Es decir, no se trata de señalar y castigar solamente, si no de darle una oportunidad a otros, a los que han estado implicados de manera directa o indirecta para que a través de la elevación de los niveles de conciencia transformen su comportamiento y se puedan comprometer con un estado de cosas distintas, con la no repetición. Y por eso quisiéramos que estas reflexiones, que estamos haciendo desde ya como proceso, le lleguen a todo el mundo cuando entreguemos el informe final. Porque no es, vuelvo y repito, no es a los actores armados a los que les compete exclusivamente: les compete a todos porque de alguna manera hemos ido construyendo una cultura que alienta, permite o, en el peor de los casos, ha sido indolente frente al conflicto armado.

Me devuelvo. Esta experiencia de escuchar las distintas voces es muy enriquecedora, es humanamente muy retadora, es conmovedora: no es fácil escuchar el dolor, el profundo dolor de los otros, de lo que han vivido de manera tan dramática. Uno se sorprende de que esta sociedad siga siendo una sociedad viable, de que aquí todavía haya aliento en tantas comunidades que han vivido unos horrores indecibles, unos dolores inenarrables. Y al mismo tiempo escuchar a los actores armados, a los actores que han participado de manera

directa del conflicto armado, porque tenemos la necesidad de comprender qué es lo que ha llevado a un conjunto tan amplio de la población a hacer parte de ese conflicto armado, armándose, o actuando de manera violenta.

Y también tendríamos que nombrar lo que hace posible eliminar al otro moralmente, simbólicamente. Porque este conflicto armado también se alimenta de esa violencia simbólica, de esa construcción, por ejemplo, del enemigo interno. La teoría del enemigo interno, que heredamos de Estados Unidos, nos hizo convertir en enemigos a todos los que tuvieran que ver con una ideología de izquierda, en esa lucha por evitar que el comunismo se tomara el mundo. Y resulta que en Colombia esa historia se quedó anclada. Creo que es el único país del mundo, o de los poquitos, donde todavía el comunismo es un coco que viene detrás, asustándonos. Eso no pasa de ser una estrategia para mantener el *statu quo* y el poder de un sector. Convertimos en enemigos a los sindicalistas, a los defensores de derechos humanos, a los ambientalistas, a las comunidades étnicas. Basta ver cómo una minga, como esa que vimos tan hermosa, que vino desde el sur del país hasta Bogotá a hablar con el presidente, puede ser despreciada por el presidente. Eso hace parte de toda esa construcción.

Pero cuando uno escucha esas voces, cuando escucha la voz, por ejemplo, de los actores armados, uno primero reconoce al ser humano que hay ahí; segundo, muchas veces logra entender por qué fue a la guerra, y tercero, logra entender la situación en que puede encontrarse una persona de esas hoy. Voy a poner un ejemplo que fue muy duro este fin de semana. Estuvimos escuchando a los pobladores del Oriente lejano antioqueño, de Sonsón, Argelia, Nariño y Alejandría, hablando de los horrores que hicieron las *farc* en esos territorios. De cómo las *farc* desplazaron, asesinaron y destruyeron varias veces, por ejemplo, la Estación de Policía y con ello casas y territorios aledaños. Habló un alcalde, habló un secretario de Gobierno, habló una mujer, habló un campesino, frente

a las *farc*. Y las *farc* hablaron y pidieron perdón. Entonces uno logra reconocer ese dolor infinito que ha sido causado a las comunidades en esas lejanías, ese dolor que nos impide construir una empatía, porque los que estamos en la ciudad nos damos el lujo de no sensibilizarnos con eso, pero que sí logra construir una empatía con esas *farc* pensando que estos muchachos entregaron su vida por una causa que creyeron cierta treinta años, veinte años de su existencia, cuarenta años de su existencia, para saberse hoy unos perpetradores. Es decir, para saber que hoy lo que realmente tienen que reconocer es tan doloroso. Y que es tan difícil y tan irracional explicar qué tenía que ver Nariño, una población absolutamente pobre, alejada y medio abandonada por el Estado, con la toma del poder, o con la construcción de democracia. Por supuesto que ahí hay dolores de lado y lado que hacen que sea muy duro escuchar eso que nos pasó a todos como sociedad, porque, por supuesto, eso también nos atraviesa. Y cuando uno lo encarna sí que es cierto que se hace preguntas: ¿cómo permitimos que esto pasara y que tantos seres fueran a la guerra?

He hablado con esos que uno consideraba los monstruos de la guerra. Uno de ellos, por ejemplo, el que tuvo la idea de los hornos crematorios, o que fue el máximo exponente de los hornos crematorios. Su sueño cuando niño en Urabá había sido ser cantante. Ese era su sueño y sigue siéndolo. ¿Por qué una sociedad no habilita las posibilidades para que esos seres sean cantantes y no guerrilleros? Como pedagogía, todos deberíamos escucharnos, y escucharnos mucho más, escuchar a los otros. No hemos visto a los indígenas. A los indígenas de este país no los hemos visto en su profundo dolor, porque fueron profundamente afectados, y mucho menos en su inmensa riqueza cultural. No sabemos qué tienen para darnos, qué han hecho por nosotros al cuidar los territorios. Tampoco hemos valorado las culturas afro, y a los sindicalistas, a los que les debemos los derechos laborales que todos disfrutamos hoy.

Entonces, repito: la tarea es escucharnos, escucharnos mucho más. Hacer ese viaje a pie por el territorio. Y hoy tenemos la posibilidad de lograrlo a través de los medios de comunicación, a través del cine. En la página web de la Comisión de la Verdad van a encontrar múltiples relatos, de múltiples comunidades que no habíamos visto. Ahí podemos reconocer su dolor. Pero, sobre todo, podemos reconocer su grandeza, su riqueza cultural, el coraje que han tenido y la capacidad de resistencia que develan en sus historias.

Román Castañeda

En este segmento señalaste una cosa que es muy importante y de la que hemos sido testigos en estos días. Es posible pedir perdón. Pero me pregunto: ¿es posible perdonar?, ¿el perdón podría ser posible como una práctica social?

Lucía González

Por supuesto, y lo más impresionante Román es que quienes nos han enseñado el perdón son las víctimas que más han sufrido, a las que más dolor les ha sido infligido durante el conflicto armado. Tal vez por eso mismo ellas han entendido que perdonar no es solo una posibilidad, sino que es una necesidad. El perdón no se puede exigir, el perdón tiene que emerger del alma, y lo que hemos encontrado son almas muy grandes, muy bondadosas. Además, han entendido que si no perdonan se enferman, como decía una víctima hace tiempo en la Casa de la Memoria de Medellín: “El odio es un veneno que uno se toma para que el otro se muera”. Esas almas saben que si no perdonan son ellas las que se van a enfermar. Y en un acto de grandeza, además de grandeza política, no solamente ética, sino política, están perdonando conscientes de que ese perdón le ayuda al país a avanzar. Han comprendido que, si ellas perdonan, hay cada vez más condiciones para construir la reconciliación y la convivencia que necesitamos para vivir en paz. Y lo hacen de manera consciente, y lo nombran un acto político para que muchos más sepan que es posible, que es necesario y es conveniente. Eso es, tal vez, de las cosas más bellas

que nos encontramos en este camino tan doloroso con las víctimas.

Desde hace tres meses, la Comisión de la Verdad se ha propuesto, y el año entrante lo hará de manera exhaustiva, poner en evidencia esas experiencias porque son ejemplares, son experiencias que nos dicen que es posible salir de este círculo horroroso del odio, del conflicto armado, del resentimiento, de la venganza. Tenemos muchos ejemplos. Uno de ellos es Leiner Palacios, que hoy hace parte de la Comisión de la Verdad y ayer se ganó el Premio Nacional de Derechos

Humanos que entregan Diakonía y la Embajada de Suiza. Un hombre que estuvo en el momento del horror de Bojayá, que perdió veintiocho familiares directos y hoy es un líder de la paz que ha perdonado totalmente. Lo es también Teresita Gaviria, de las madres de La Candelaria, que se fue a buscar a los paramilitares que desaparecieron a sus hijos y que hoy trabaja de la mano con ellos, porque sabe que lo que le pasó no puede ocurrir de nuevo y que la mejor manera de lograrlo es construyendo escenarios de reconciliación.

Román Castañeda

Tocaste una dimensión muy importante, porque hemos entendido el perdón en general como si fuera algo nacido del mundo psicoemocional de las personas, o incluso alimentado ideológicamente, quizás religiosamente. Pero has dicho que el perdón es una postura política. Y quisiera subrayar ese punto como mensaje para la audiencia que tenemos en este momento. El perdón como postura política. Eso merece una reflexión profunda.

Lucía González

Déjame te digo una cosita Román. De lo más bello es ver cómo las víctimas se han instituido a sí mismas en sujetos políticos. Ellas ya no son ni quieren ser sujetos de compasión, sino actores políticos con capacidad de agencia y han puesto su dolor al servicio del país. Y ¿para qué? Para que no se repita. Si lo nombran, si lo dicen y lo vuelven a decir, y hablan también de ese

tránsito hacia el perdón, es porque quieren ayudarlo al país, porque buscan convertirse en sujetos que agencian la transformación que el país necesita.

Román Castañeda

Creo que el país fue testigo de la transformación que sufrieron las conversaciones de La Habana una vez que víctimas y victimarios estuvieron frente a frente.

Lucía González

Eso transformó completamente la conversación. También, por ejemplo, fue absolutamente evidente que la confesión, el testimonio de Ingrid Betancourt, les permitió a las *farc* dar ese paso. Un paso que el país estaba exigiendo pero que, quienes hemos estado cerca, sabíamos que era muy difícil porque, como decía ahora, se trata de reconocer que después de tantos años de lucha pues también cargan un remordimiento y tienen que hacer un acto de contrición frente a los muchísimos actos que cometieron, tienen que reconocer que no fueron unos héroes, como ellos pensaron que el país los iba a recibir.

Fernando Cortés

Aquí quisiera abordar un tema y es: en este proceso de sociedad, en este proceso de país, cuál es el papel de la universidad, el papel de la academia y de la ciencia. ¿Cuál es tu perspectiva sobre esa responsabilidad y esos deberes que le caben hoy a la academia, a la investigación y a la universidad para contribuir y aportar en esta construcción de país?

Lucía González

Yo diría que a la universidad y todo lo que la rodea, los centros de pensamiento, las investigaciones, etc., les cabe toda la responsabilidad porque ese sistema educativo está hecho para la civilidad, para elevar los niveles de civilización que son los que nos impiden recurrir al sujeto animal que hay en nosotros, al cerebro reptil que nos habita. Para eso está hecha la educación; para construir argumentos, motivaciones y emociones que nos lleven a ser cada vez mejores sujetos humanos. Y, sobre todo, sujetos humanos en sociedad. La

universidad ha tenido momentos muy lúcidos, muy productivos en relación con la reflexión del conflicto armado; y tuvo momentos más profundos aún en relación con la pregunta por la violencia armada, pero en los tiempos de paz se ha ido quedando un poco.

Y ahí hay preguntas todavía que la universidad tiene que ayudarnos a dilucidar. Tiene que ayudarnos a construir las respuestas frente a los retos que tenemos como nación, como democracia (si somos una democracia) y como sociedad de seres humanos. Pienso que debería ser un asunto de todas las áreas. El conflicto armado, o por lo menos el estado de cosas que hemos vivido, no es de incumbencia solo de las ciencias humanas o de las ciencias sociales, sino de todas las ciencias. Aquí hay preguntas que se hacen desde todos los ámbitos.

Por ejemplo, ¿cómo ha influido la economía en la perpetuación del conflicto armado?, ¿cómo la ciencia podría contribuir a crear mejores condiciones para la vida de los seres humanos de manera que podamos eliminar o reducir, eliminar creo que es imposible, las desigualdades, producir tecnología apropiada para el territorio, en especial para el campo colombiano? En el campo colombiano están las respuestas, están las razones de la guerra. Muchas de las razones de la guerra están inscritas en el abandono al campo colombiano, en el desprecio al mundo campesino. Y muchas de las respuestas estarían en la valoración de esas culturas y también en las posibilidades tecnológicas y técnicas del conocimiento al servicio de culturas como esas o como las culturas del Pacífico, donde la ciencia tendría tanto que aportar para que estas sociedades tuvieran mejores oportunidades de desarrollo.

Hay otro asunto, y lo he dicho públicamente: la universidad no se ha hecho la pregunta más íntima que es: ¿qué papel tuvieron las universidades en el conflicto armado interno que ha vivido Colombia? Las universidades públicas, como grandes centros de pensamiento, no solo deberían haber reflexionado

sobre el conflicto armado por fuera de su ámbito, sino en él. ¿Cuándo la revolución se convirtió en una lucha armada?, ¿cuándo el pensamiento libertario, o progresista o comunista, se convirtió en una lucha armada?, ¿cuándo el pensamiento conservador, proteccionista del *statu quo*, se convirtió también en una talanquera para el desarrollo de la equidad y la inclusión en Colombia? Estos son factores determinantes en el conflicto armado. Estoy convencida de que la universidad tendría que preguntarse cómo vivió el conflicto armado. Por ejemplo, la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de Antioquia, que son universidades que tenemos tan en el alma, vivieron el conflicto armado desde adentro. Crearon condiciones para el conflicto armado de forma involuntaria, y valdría la pena pensar por qué, pues el conflicto armado no se ha acabado. ¿Qué tiene que resolver?, ¿qué es lo que hay que hacer de más en la academia para que el conocimiento se convierta en protector de vida y no en destructor de vida, se convierta en elevación de la dignidad de todos los seres humanos y no en la eliminación de la dignidad de otros seres humanos?

Román Castañeda

Esta reflexión me parece que es fundamental. Lo que dices es verdad, pues en ciertas épocas el conocimiento alimentó respuestas armadas y ahora tiene que implementar procesos de paz. Y ese es un compromiso importante. La reflexión tiene que ser más profunda.

Fernando Cortés

Juan Carlos Serna nos pregunta sobre cómo acercar a través de los medios y la comunicación este trabajo de la Comisión de la Verdad, que debería ser no solo una tarea de la Comisión de la Verdad, sino una tarea de todos nosotros como sociedad. ¿Cómo ves ese tema Lucía de llevar a toda la sociedad este proceso de cambio de cultura que es en el que estamos involucrados realmente?

Lucía González

Juan Carlos, gracias por la pregunta. Tú debes tener más claro que yo que los medios de comunicación son medios a través de los cuales circulan las narrativas que hacen que una sociedad viva de mejor manera la democracia o no. Viva de mejor manera los derechos en general. Los medios de comunicación son un vehículo para facilitar la confrontación que permite la eliminación del otro o para el reconocimiento de la riqueza de cada uno de los seres humanos a pesar de la diferencia. Ahí están las posibilidades por medio de las cuales pueden circular el conflicto armado o las narrativas de convivencia. Recuerdo en este momento cómo Ruanda realmente logró desatar el horror mediante una emisora de radio. Un día se levantaron a alentar la guerra entre dos comunidades y eso fue a través de una emisora. Y hoy nosotros vemos cómo se alienta la confrontación, la eliminación, la descalificación del otro a través de los medios de comunicación. Pero también vemos medios que se han dedicado a construir escenarios de reflexión, escenarios de reconocimiento de la riqueza y la valoración de la diferencia. Medios como, por ejemplo, *El Espectador*, cuya tarea es contribuir a la paz, a la reflexión más profunda, a visibilizar los esfuerzos de paz y de reconocimiento. Y, por supuesto, los medios comunitarios, los medios universitarios han ayudado muchísimo. Estoy convencida de que los medios tienen una tarea impresionante.

Por desgracia, los medios más relevantes en la construcción de un imaginario y de una narrativa colectiva en este país son los medios que están adscritos y se deben a los grandes poderes económicos. Y ellos están más interesados en preservar el *statu quo* que proteger a unas minorías, que en cuidar la convivencia del conjunto de la población. Afortunadamente, hoy las redes sociales nos permiten romper ese círculo y llegar a través de medios alternativos. Ante la posibilidad del discurso de la estupidez o del odio en las redes sociales está la del discurso de la visibilización de mejores experiencias. Creo que medios como UN Radio, en particular, y

todos los esfuerzos universitarios, tienen una tarea que les es inherente y es la de construir una narrativa de país que nos permita reconocernos en la diferencia, valorarnos en la diferencia, profundizar la democracia, profundizar el espíritu crítico para interpelar de manera clara a los medios que nos están vendiendo la polarización o el desprecio por los otros; o lo peor, que es la estupidez.

Román Castañeda

Volviendo un poco al tema Lucía, ya has mostrado la importancia de construir la verdad, has mostrado que el perdón es posible, entonces te pregunto: ¿es posible la esperanza?, ¿podemos esperar la no repetición?

Lucía González

Me parece que no es deseable esperarla. Es deseable construirla. Cada uno de nosotros tiene un margen de maniobra, un escenario que le es propicio para construir. Para unos es más pequeño que para otros, pero es igualmente importante. Cuando veo las comunidades más afectadas, que han vivido una violencia infame infligida desde los sectores económicos más poderosos de la mano de los paramilitares y el Ejército, poblaciones como las de Guapi, por ejemplo, Timbiquí, Bojayá, Cacarica, donde estuvimos en estos días, lo que he visto ahí es esperanza, lo que hay ahí es lucha constante. Pero la esperanza no puede existir si no hay un proyecto permanente. Es decir, no es una cosa que viene de afuera: es una cosa que hay que construir desde adentro. Y, por eso, posiblemente, no sea tan fácil. Por supuesto que uno se contagia de esperanza cuando ve esas experiencias en estas comunidades, se contagia de entusiasmo. Y se acompleja también, dice uno, pues no deberíamos quejarnos, deberíamos tener más aliento. Si ellos lo tienen, nosotros, con muchas más posibilidades y la guerra pasando más por el lado que por el cuerpo, ¿por qué no lo tenemos? Es que la esperanza se construye desde adentro. Es decir, hay que construir esa fe de que un mundo mejor es posible, porque estoy procurando que así sea para mí y para el

conjunto de la población y del contexto que tengo a mi lado.

Esto me devuelve a lo que decían ustedes ahora: la Comisión de la Verdad no es un asunto de once comisionados ni de una institucionalidad, es una tarea que queremos hacer extensiva al conjunto de la población, porque nosotros no podemos más que facilitar un diálogo y disponer de las reflexiones, lo que hacemos de manera muy responsable, tengan la seguridad. Pero eso quedará en manos de la sociedad, y desde ya tenemos que lograr que la sociedad se apropie de esta tarea de la verdad, de esta tarea de la reflexión profunda. Hay que convertir en un proyecto concreto y prioritario, en una acción concreta, así sea una acción de palabra, una acción de ejemplo de vida, un testimonio de vida que hace posible que la esperanza sea real en el ambiente donde uno esté, donde uno vive. Sin ese horizonte de esperanza la “fracasomanía” de la que habla Alejandro Gaviria nos puede llevar no solamente a la depresión, sino también a la reedición de un estado lamentable de cosas. Es necesario construir objetivos de esperanza, pero también acciones en las que uno empeñe la vida para ir hacia adelante. Yo quisiera que habláramos también del tema cultural, de cómo hemos interpelado el tema cultural. ¿Está bien?

Fernando Cortés

Sí, claro, justamente iba para allá, porque la Comisión de la Verdad le ha dado mucha relevancia a la voz de los artistas, a la voz de los gestores culturales. Y no solo a artistas de relevancia y reconocimiento social, sino también a los artistas y a las manifestaciones culturales de las comunidades. Hablemos un poco Lucía del papel que están cumpliendo estos artistas, estos constructores de imaginarios, en lo que se está modelando como espíritu nuevo de país.

Lucía González

Sí, ahora también hablamos de ese espíritu nuevo de país, para que esto no sea solamente de la desgracia que hemos vivido, porque el país está lleno de un montón

de experiencias positivas, y ahí hay otro nivel de cosas que nos van a permitir salir. Esa es mi esperanza. Antes de hablar propiamente de los artistas o de las prácticas artísticas y culturales, que son muy importantes, quisiera que nos devolviéramos a la pregunta por la cultura.

La Comisión de la Verdad se ha propuesto hacer una reflexión en torno a la cultura. En realidad, es la primera Comisión de la Verdad que tiene un objetivo específico de indagación en torno al tema o al asunto de la cultura. Y la pregunta es: ¿qué hay en la cultura que ha hecho que este conflicto se haya instalado en Colombia, se haya desarrollado de manera tan brutal, tan perversa, y se haya perpetuado? Porque aquí no solamente se ha matado, sino que se ha rematado, como dice María Victoria Uribe, la Toya, en uno de sus estudios. Es que son demasiados años. Uno dice, la última guerra son casi sesenta años. Pero esa está pegadita de la anterior, y esa pegadita de la que sigue para atrás. Entonces, ¿qué hay en la cultura?, ¿qué asuntos de la cultura hemos ido heredando y perpetuando que nos impiden dar un paso hacia adelante y convertirnos en una sociedad civilizada, en una humanidad humanizada, en una sociedad que sea más humana?

Hay ahí pistas muy importantes. Una de ellas, tal vez la más elemental, es que tenemos una herencia colonial que no hemos querido, no hemos podido, no hemos sido capaces de deconstruir, hecha de categorías racistas y clasistas, donde hay unos que tienen más derechos que otros, donde hay más derecho a la propiedad para unos que para otros. Eso se instaló en unas capas de poder que se han mantenido y que perpetúan esas categorías culturales. A los pobres no los creó mi Dios, son categorías. O los negros no son menos, los indígenas no son menos, son categorías culturales instaladas desde la colonia que se mantienen presentes en todos nosotros. Es un asunto de dominación, que se inscribe en el que es dominado y es necesario superar, el de hacerlo sentirse menos, sentirse subvalorado. Estamos profundizando sobre

cuáles son esos canales o esos medios a través de los que circulan esas narrativas que se instalan. Y, por supuesto, la educación es una, las iglesias han sido otras que han perpetuado unas clasificaciones, unas categorizaciones, y los medios de comunicación son otros.

Pero también nos preguntamos ¿qué hay en la cultura que ha hecho posible que las comunidades o las personas sean capaces de oponerse a la guerra, de resistirse a la guerra, de ir más allá y construir escenarios de convivencia? La pregunta atañe a los daños a la cultura debido a la persistencia del conflicto armado. Cuando una sociedad ha vivido tantos años en conflicto armado, pues tiene un trauma. Un trauma inevitable, y es que casi todo termina siendo visto a la luz de esos impactos del conflicto, a veces imperceptibles. Mucha gente cree que el conflicto no lo ha atravesado. Y hay actitudes, hay miedos, hay valoraciones que devienen del conflicto armado. Solo pensar que la palabra comunista, como decía ahora, es un coco; o que las ^{ong} quedaron sentenciadas como movimientos de izquierda porque se instaló eso en el marco del conflicto armado. Pero también, qué cosas bellas y qué cosas positivas han surgido del conflicto armado y a raíz de este. Por ejemplo, lo decía ahora, el nivel político de la sociedad se ha elevado enormemente. Aquí la mayoría de las comunidades tienen un nivel político altísimo que se debe al conflicto armado, a tener que ser conscientes del lugar que ocupa el sujeto y la colectividad en la construcción de país y de democracia, en la construcción de colectividad.

Las prácticas artísticas y culturales que hemos visto son inmensas y han emergido del conflicto armado por la necesidad de levantar la voz, de ser visibles. Han permitido nombrar lo innombrable, hacer visible lo invisible, construir y fortalecer identidades y defender sus patrimonios culturales intangibles. Eso se ha convertido en un valor supremo en las comunidades. Es en torno a esas prácticas artísticas y culturales que muchas comunidades realmente han resistido, pero,

además, tengo que decir que nosotros conocemos hoy un país mucho más grande porque lo hemos visto a través del arte. No han sido propiamente la política y la economía las que se han preocupado por mostrarnos la riqueza de la diferencia, han sido los grupos del Pacífico, los grupos de los Llanos Orientales, del Caribe colombiano, que han narrado su dolor, pero también su esperanza. Los raperos, por ejemplo; hoy conocemos la realidad de los chicos urbanos mediante el arte. No propiamente por otros medios. Es a través del teatro, del cine, que Colombia ha hecho un esfuerzo muy grande por reflexionar y por mirar a fondo lo que nos pasa.

Hemos hecho las lecturas que nos han permitido los artistas y las prácticas artísticas y culturales en comunidad. Leemos lo que hay ahí, pero también ampliamos su audiencia para que sea posible que el país escuche lo que nos están diciendo hace rato, el llamado de atención para que protejamos el territorio, la cultura, los ríos y el ambiente. Eso está en las canciones, en las obras de teatro, en las danzas, en los alabaos, en el currulao. El país debería escuchar mejor el proyecto ético que está inscrito en toda la cultura. Además, desde el arte la polarización se diluye. Es más fácil hablar desde el arte muchas veces que hablar desde otros lugares.

Fernando Cortés

Lucía, una pregunta a partir de todo esto y haciendo una proyección hacia el futuro: ¿cuáles deberían ser esos rasgos nuevos, hacia dónde avanzamos como sociedad, a dónde queremos llegar como sociedad, que nos haga mejores de lo que somos hoy y de lo que hemos sido?

Lucía González

Aquí hay unas tareas aplazadas, unas tareas que no hemos cumplido. Una de la que hemos hablado durante toda esta conversación, y que sería la primera, tiene que ver con el reconocimiento y la valoración de la diferencia. Cumplirla tiene que ser un propósito. Eso no puede ser una cosa que se quede por ahí en el aire.

Nosotros somos un país desigual, un país racista, clasista, muy patriarcal, donde no nos hemos visto, no nos hemos reconocido y valorado. Esa tarea la tiene que hacer la escuela en primera instancia, porque nosotros debemos tener inscrito en el currículum escolar la riqueza de la que se compone Colombia. Es increíble que uno no se haya podido dar cuenta de los grupos indígenas que habitan este territorio; ni siquiera yo, que llevo tantos años escuchándolos en viva voz, puedo nombrar más de veinte grupos, y son ciento veinte, ciento veinte lenguas vivas llenas de riquezas. A mí me enseñaron en la escuela que en Antioquia eran los nutabes, los tahamíes y los no sé qué, y eran una cosa del pasado. Hasta ahí llegó la tarea de la escuela, no llegó a más. Es increíble lo lejos que estamos de reconocernos en el territorio con los otros, con los indígenas, con esa alteridad. También, como decía ahora, con los afros y con la posibilidad del pensamiento diverso que nos enriquece. Ese reconocimiento es la primera tarea fundamental.

En mi opinión, la segunda tarea tiene que ver con el punto 1 de La Habana, un tema que está intentando abrirse camino en el país hace más de cien años. Se trata de una reforma rural integral, con la valoración del campo no solo como escenario de productividad. Porque eso es lo que ha pretendido la economía contemporánea, volver el campo una agroindustria por encima de las comunidades, a pesar de las comunidades, sin valoración de las culturas campesinas, que tienen también un lugar en nuestra narrativa de nación como culturas que protegen el campo, que crean vínculos de comunidad y de sociedad para protegerse y desarrollarse. Esa es una tarea que el país tiene que avanzar, que no ha sido posible porque en el poder están instalados quienes conciben la tierra solo como un factor de la economía y se resisten a entender que ahí hay una cosa amplia que tiene que ver con la cultura. Que una cosa es la tierra y otra cosa es el territorio. El territorio es el lugar donde se despliegan la cultura y los vínculos. Por eso, las relaciones con el territorio son tan importantes. En estos días, hablaba con Nidia Góngora, una de las

cantantes del Pacífico, de las artistas, porque más que cantante es una artista integral. Comentábamos sobre el daño que nos hace a nosotros, los urbanos, no tener un vínculo con la tierra; ese daño nos impide ser corresponsables con la tierra y con lo que está sobre la tierra, con los seres vivos y el conjunto del territorio. Creo que esos son dos asuntos claves.

Y la tercera tiene que ver con la política. Me acuerda de Alonso Salazar, que un día dijo que habían hecho despreciable la política para que no se las quitáramos. Estoy convencida de que hay que recuperar el sentido de la política como la construcción del bien común, y refundar esa noción y formar sujetos políticos. Un sujeto político es un sujeto que hace parte de la sociedad, de la construcción de la convivencia en comunidad, de las reglas que nos hacen posible vivir en comunidad y que asume responsabilidades en eso. Entonces, sí, claro, dejamos que la política se convirtiera en una disputa de poder, además de poder económico y de apropiación de los bienes públicos para los beneficios individuales. Por eso, la tarea que tiene Colombia por delante con esa refundación de la política es inmensa. Yo aspiro a que las universidades, con todos estos movimientos juveniles que hoy emergen con tantas claridades, sean quienes vayan a transformar esta noción de la política.

Román Castañeda

En ese punto que acabas de mencionar, que es muy importante, hablaste de la diversidad de pensamiento. Me pregunto si eso está relacionado también con la diversidad de conocimiento, con la diversidad de saberes. ¿Qué papel pueden jugar los saberes populares, los saberes ancestrales, en esta construcción de país en convivencia y en equidad?

Lucía González

Por supuesto Román que pusiste el dedo en la llaga. Este país debería ofrecer solamente educación pública. Es decir, que todos estudiáramos en colegios públicos y que se pusiera todo el empeño en que la educación pública fuera la mejor. Esa sería la única manera para

crecer reconociéndonos como iguales, o por lo menos como diferentes en igualdad de derechos, que es lo fundamental. Pero aquí hay educación de primera, de segunda, de tercera, y, por supuesto, las oportunidades laborales tienen que ver después con eso. Dónde estudiaste el bachillerato, dónde estudiaste la universidad, y el país divide las oportunidades laborales según esa herencia que traemos.

Pero la universidad sigue siendo un centro de hegemonía cultural tan impresionante que se aleja muchísimo de lo que soy partidaria, que es lo que dice Boaventura de Sousa: hay que destituir el conocimiento y hay que valorar los conocimientos. Dejar de hablar en singular y hablar en plural, y, como decías, concederles un lugar importante a los saberes populares, a los saberes ancestrales, a los otros saberes. Por último, me impresiona mucho que, en nuestras universidades, en especial en las maestrías y en los doctorados, la exigencia sobre las referencias bibliográficas se sigue enfocando en los conocimientos catalogados, en los conocimientos indexados, en los conocimientos reconocidos. Es muy difícil que la universidad acepte como conocimiento, como referencia de conocimiento, algo que emerge de la sociedad misma, algo que sea fruto de una construcción popular. A mí me tocó la lucha que hizo una compañera con un trabajo a partir de la experiencia de Son Batá, que es un grupo de música afro en Medellín, donde el referente era la misma comunidad. No, la universidad sigue pensando que son los pensadores alemanes y franceses los que nos tienen que construir el pensamiento, y eso ha evitado que construyamos un saber propio y que nos sintamos más orgullosos de lo propio. Eso es una falta que tiene Colombia todavía.

Me parece que hemos ido mejorando desde que yo estaba chiquita hasta hoy, pues hay una valoración de lo propio más grande. Pero, como decía William Ospina: quien no ama lo propio odia o envidia lo ajeno. Si la universidad no construye un reconocimiento de los saberes populares, de los saberes propios, de las

identidades colombianas y latinoamericanas, y sigue pensando, repito, que son los franceses y los alemanes los únicos referentes posibles, pues difícilmente vamos a construir una ciencia, una cultura, unos aprendizajes que nos ayuden a identificarnos con los otros y con lo otro.

Román Castañeda

Eso me da pie para mencionar el nombre de un programa que lideras en la Comisión de la Verdad, que se llama Nombrar lo Innombrable, probablemente en relación con el profundo dolor, que es uno de los objetos de estudio de la Comisión de la Verdad. Pero me da la impresión de que Nombrar lo Innombrable es mucho más amplio, porque eso que acabamos de decir, de tener que referenciarnos en conocimientos catalogados y de origen externo significa que hay un innombrable, algo que aún no hemos sabido nombrar: nosotros mismos. ¿Qué opinas de eso, cómo lo puedes desarrollar un poquito más?

Lucía González

Me acuerdas de la introducción del texto de John Paul Lederach *La imaginación moral*, en el que pide disculpas por remitirse a él mismo. Pero dice que finalmente la propia es la experiencia que más conoce. Nosotros tenemos que vernos más, mirarnos en nuestra especificidad, mirarnos en nuestras posibilidades, mirarnos en el contexto y construir una respuesta para el mundo que parta de nuestra propia identidad, de nuestra propia riqueza. Porque, también como decía William Ospina, tenemos centros por fuera de la esfera: primero quisimos ser españoles, después ingleses, después franceses y ahora de Miami. Y eso no contribuye a valorar o explotar la riqueza y disponerla para el mundo justamente de la diferencia. Ahí hay una tarea por hacer, que ojalá la universidad se propusiera en serio, que mirara las experiencias que Boaventura ha venido promoviendo o reseñando donde se construye a partir de los saberes populares. Por supuesto que yo no creo que haya que despreciar los saberes con mayúscula, los saberes indexados, pero opino que la patria y el territorio tienen mucho que

decirnos y no lo hemos apropiado. Eso me acuerda también de una profesora que tiene una cátedra que se llama Constitucionalismo Estético en la Universidad Central. Ella ha hecho todo un análisis de las letras del rap, particularmente del *aka*, y ha encontrado ahí una cantera de conocimiento sobre el mundo urbano en Medellín que es muy importante.

Fernando Cortés

Lucía, lo que queda es agradecerte porque le das solidez a la esperanza. Eso es lo que más estamos necesitando. Una esperanza y una visión de futuro con principio de realidad.

Lucía González

Este país está lleno de gente hermosa, de gente que lucha por la vida con un nivel ético y político altísimo. Hay que saber ver y oír mejor, y dejar de oír bobadas.

Fernando Cortés

Así es. Muchas gracias, Lucía. Muchas gracias, profesor Román, y a todos los que nos acompañaron en esta charla de hoy.